

**Diálogo singular de Batalún y Víctor - Encargo -
Ruegos - Levantamiento de las inanimadas
piedras para rehacer el muro -
Acometida interrumpida**

Ya el sol hería con sus rayos los campos, subiendo al cielo desde la plácida corriente del profundo océano, cuando Víctor y Batalún se encontraron en el estrecho pasillo que comunicaba el salón y el dormitorio con un pequeño aseo. Aparecieron de pronto, cada uno por una punta del mismo y, tras la sorpresa inicial, se miraron de forma apacible y avanzaron por él transmitiéndose, en cada gesto, la placidez con que habían recibido el nuevo día. Se detuvieron a menos de un codo de distancia, junto a un cuadro con un paisaje donde se podía contemplar a unos domadores de caballos haciendo corbetas y otras filigranas con unos hermosos ejemplares de crines blancas y grises al viento. Al fondo del cuadro, un coche serpenteaba entre el baldío y una pequeña cabaña pintada de azul.

—¿Quiénes son? —dijo Víctor frente al cuadro—. Sus rostros me son familiares.

—Básicamente es el tiempo, que nada perdona, lo que ves aquí —respondió Batalún.

—¿Qué quieres decir? —le interrogó Víctor.

—Sé que he envejecido, pero no sabía hasta qué punto. Ése soy yo —continuó señalando con el dedo hacia una de las figuras, la de un hombre vestido con un pantalón corto y una camisa azul que sostiene a dos caballos por las riendas.

—¿Y los otros?

—A los otros no creo que los conozcas —concluyó Batalún y extendió la mano izquierda hacia el picaporte del cuarto de baño mientras que con la derecha empujaba suavemente a Víctor hacia el interior.

—Vale, vale, también entiendo las indirectas —refunfuñó Víctor.

—No te lo tomes mal, no es lo que crees. Espera aquí, voy a ir a calentar un poco de agua para que puedas lavarte y limpiarte los restos de sangre que te queden. Después de desayunar, si es tu deseo, te acompañaré por el sendero hasta la carretera.

—Es un cuadro hermoso, pero tiene algo extraño.

—No le des más vueltas. Lo que ves ahí colgado es la historia de un pintor frustrado. Una emoción que nadie supo entender —le dijo Batalún mientras se dirigía hacia la cocina.

El sol se colaba por la ventana, iluminando la mesa y la cama de Víctor aún por recoger. Batalún se acercó a la ventana, la abrió y cerró los ojos. Olía a tierra mojada. Acababa de estallar una tormenta en sus recuerdos. Un caballo trotaba en el prado, sacudiéndose la lluvia y una mujer corría tras él intentando hacerse con las bridas y evitar que éste las pisara. El trote del caballo había espantado a unas gallinas y la risa de la mujer se confundía con las voces entrecortadas que lo llamaban, ahora desde muy lejos. Batalún abrió los ojos. No llovía, ninguna mujer perseguía a Agadé en el prado. Volvió a cerrarlos. La mujer se había quitado su traje púrpura y lo abrazaba. Batalún se estremeció. Abrió los ojos. Ninguna mujer lo abrazaba, se sentía como una oveja abandonada. Miró hacia el techo y señaló con el dedo a la nada: «¿Aún cuidas de mí? ¿Qué dices?». Tras unos minutos absorto en la nada, Batalún dejó la ventana y se dirigió a la cocina, encendió el fuego, puso agua a calentar y se encaminó hacia el exterior, a preparar el horno donde pondría luego a cocer el pan. Después volvió a la cocina, apartó el caldero del fuego, lo vertió en un cubo de metal, se cubrió

la mano con un trapo y, tomando el asa, se dirigió hacia el baño. Allí encontró a Víctor lavándose la cara y peinándose con los dedos.

—Te dije que esperaras —le amonestó Batalún con indulgencia.

—Ya, sí, pero es igual, me encuentro mucho mejor. En cuanto me lave un poco me marchó, no quiero molestarle más.

—Te repito que no es molestia, al contrario, me has servido desde ayer de compañía —y diciendo esto Batalún vertió en una palangana el agua caliente—. ¿Sabes?, con el tiempo uno termina por dejar de odiar a los hombres y por olvidar la perfidia en la que viven y en cuán poco estiman la dignidad y la verdad que mutuamente nos debemos todos. El tiempo me ha devuelto, si no la fuerza para creer en ellos, sí al menos el impulso de la compasión. Se me hace raro decirte esto, pero veo que soy yo el que debería darte las gracias. Aunque no lo creas, soy yo el ayudado —Batalún hizo una pausa y, cambiando el tono de la voz, prosiguió—. A propósito de ayuda, venía por el pasillo pensando en el muro, en lo difícil que va a ser repararlo sólo con mis fuerzas..., ayer me ofreciste tu ayuda, me preguntaba si no te importaría quedarte un par de días y ayudarme a completar su reconstrucción. Podría pagarte algún dinero si lo hicieras.

Víctor, mientras tanto, había ido despojándose de los vendajes y los apósitos hechos de vedijas de lana de las ovejas del señor Batalún y, entre quejidos, iba limpiando la sangre seca y dejando al aire algunas costras menores que aventuraban un final feliz a sus heridas.

—¿Podrías, a cambio, prestarme uno de tus caballos?

—Está hecho —respondió Batalún—. Tendrás a Agadé para ir a donde quieras, es el más viejo de los dos, pero también es mucho más noble que el rebelde Cheking, de éste no harías carrera.

Después del desayuno, salieron al campo en dirección al vallado, sobre la parte del muro donde se había embutido

el coche el día antes. Víctor tiraba de una carretilla en la que llevaban una canasta con un grueso pan y varios trozos de queso, la mitad de un saco de cemento, cal, una azada, un par de cuerdas, guiones de madera y dos palas. Batalún caminaba delante de él visiblemente satisfecho.

Al pasar entre los fresnos, Víctor reparó, por primera vez, en cómo algunos estaban atados por la base del tronco con un trozo de tela blanca.

—Batalún, ¿qué significan esos trapos?

—¡Oh!, no son trapos, no —rió el anciano—, son los restos de la historia del pintor frustrado. Verás, cuando era joven, en los ratos que el trabajo de la finca me dejaba libre, quise hacerme pintor. Comencé a pintar, sobre todo motivos de caballos, me encantan los caballos. Llegué a pintar más de cien cuadros sólo de caballos. Después de varios meses pintando, me decidí a bajar con algunos de ellos a Criseida. Los llevé al mercado, los coloqué junto al puesto de un amigo que aún vende allí cerámicas y me senté a esperar que me los quitaran de las manos. Vendí sólo uno. Nunca más volví a intentar mostrar mis cuadros. Frustrado por la experiencia y como parecía que mi pintura no interesaba a nadie, decidí dejar de pintar y colgar mis cuadros de los fresnos, los até a ellos y los dejé ahí. El viento y el tiempo, como ves, se han encargado de hacer lo demás.

—Ya sobre estos es imposible opinar —le dijo Víctor—, pero el que está en tu casa es bonito, tiene algo extraño, los colores tal vez, no sé, no sabría decirte qué es, pero no me parece un mal cuadro. ¿Acaso los vendías muy caros? A lo mejor fue eso.

—No, no, ¡qué va! —volvió a sonreír Batalún—. En realidad los vendía muy baratos. Yo no quería hacer negocio, quería que cada uno se llevara a casa un trozo de sí mismo, un fragmento de absoluto coloreado según las profundidades de su propio ser, por eso pintaba árboles rojos, vacas amarillas, caballos amarillos, rojos o azules, corzos y perros en la nieve. Quería compartir mi amor por la naturaleza con todos, pero

se ve que en estos tiempos ése es un amor imposible para los seres humanos.

—El cuadro que está en la casa, sin embargo, es un cuadro muy corriente.

—Quieres decir que no es estridente, ¿verdad? —replicó Batalún.

—Sí, eso, los colores son los normales, los que tienen las cosas —dijo Víctor.

Batalún detuvo su marcha y se volvió hacia Víctor que le seguía por el sendero con la carretilla. Lo miró a los ojos y sentenció:

—Querido Víctor, ¿quién ha visto el verdadero color de las cosas? ¿Quién el fondo de las cosas? Yo no lo sé. Ese cuadro, normal, como tú lo llamas, lo desató mi madre de uno de los fresnos y lo metió en casa. Decía que ese sí era un buen cuadro, que no consentiría que lo destruyera —Batalún se llevó entonces la mano al mentón y se rascó la cabeza—. Lo curioso es que el único cuadro que vendí en Criseida era una copia de éste.

No volvieron a hablar durante el resto del camino. Batalún caminaba ensimismado en sus pensamientos y Víctor lo seguía sin ver la hora de soltar la carretilla que cada vez pesaba más y más.

A unos metros de la cerca se levantaba una encina de hermosa copa y Batalún le indicó a Víctor con una señal que ese era un buen sitio para dejar la canasta de los alimentos. De nuevo dio unos pasos hasta ponerse bajo su cobijo y se detuvo, extendió los brazos hacia el cielo y profirió en exclamaciones.

—¿Decidme ahora, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cuál fue la primera, cuál la última de las que entonces derribó el eximio Helmut?

—¿Dé qué hablas, Batalún? —le dijo Víctor extrañado.

—Oh, perdona, me dejé llevar... Le hablaba a las piedras, les preguntaba por el accidente, a ver qué tal estaban. Ya, no me mires así, no pongas esa cara, no estoy loco. ¿Sabes?,

todas las cosas tienen un nombre, un nombre secreto, si ellas te lo revelan o de alguna forma llegan a desentrañar ese nombre, entonces basta que digas su nombre para que esa cosa empiece a hablarte... Mira, esa de ahí, la que más lejos llegó con el impacto del coche, se llama Ormena, la que está más cerca de ella Ofelesta, aquella Detora... y así te podría narrar los mil nombres de todas y cada una de estas humildes y esforzadas piedras.

—Bueno, eso está muy bien, pero si te parece, deberíamos ponernos manos a la obra cuanto antes, entre unas cosas y otras...

—Tienes razón —asintió Batalún—, los días pasan veloces y pronto viene la tenebrosa noche sobre el ancho torso del mar.

Dejaron la cerca con el sol poniente. Recogieron las herramientas y Víctor tomó la carretilla en dirección a la casa. Tenía el pecho cubierto de sudor.

54

El frío viento traía un atardecer desapacible, envolviendo a los fatigados hombres en una nube que los acompañó durante todo el camino. Víctor rememoró una tarde como aquella, en Criseida, observando la tempestad que llegaba desde lo alto, alborotando el violáceo ponto.

Dejaron la carretilla en una especie de cobertizo adyacente a la casa que Batalún se encargó de abrir y volver a cerrar, y se encaminaron hacia el interior de la vivienda. Víctor, viendo terriblemente agotado al señor Batalún por el esfuerzo, le animó para que fuera él quien se aseara primero y se dirigió a la cocina a dejar la cesta con los restos del almuerzo. Volvió sobre sus pasos y, como Batalún aún seguía en el baño, esperó embelesado en el cuadro que esa misma mañana tanto le había llamado la atención.

—Aunque la gente del cuadro es joven, y perdone que le diga esto, señor Batalún, pero es que tienen todos ustedes caras de muerto —gritó Víctor para que Batalún lo oyera desde el baño.

—Es el óleo —respondió Batalún desde la distancia—, amarillea con el tiempo y da ese color. Más que un cuadro parece un teatrillo de figuritas de guiñol. Pajizos, dislocados, desencajados y descoyuntados. La verdad es que no sé por qué lo conservo ahí, debería haberlo tirado hace años... Vamos a preparar algo de cena, y esperemos que la lluvia no arruine este día de trabajo. Si no escampa pronto el cemento no aguantará y todo se desbaratará de nuevo.

Esa noche el Escamandro rugió con fuerza y desbordó sus riberas. Hasta el amanecer estuvo lloviendo y la furia de las aguas y del viento tiró muchos árboles y con ellos el muro de piedras que con tanta fatiga levantaron Batalún y Víctor. La rápida corriente enarenó las orillas y anegó la parte baja de la finca, toda la zona por donde discurría el cauce del arroyo quedó impracticable, convertida en un cenagal imposible de vadear.



Herodes cenó sólo. Tomó tarta de chocolate y crema de postre. El hostel estaba desierto. La tempestad había espantado a los posibles clientes de esa noche y el estado de la carretera había hecho lo mismo con los viajeros.

Herodes encendió un cigarro, le dio un par de caladas y se levantó de la mesa. Salió del local y se quedó mirando el firmamento donde se escriben los signos, los presagios y las leyes divinas, y consideró que todas ellas eran igual de negras y nefastas que aquella lluvia impenitente. Sabía cómo burlar las leyes de los hombres, que durante tan corto tiempo estudiara, pero ante el destino y el mal agüero no tenía ni idea de cómo actuar o dónde encontrar una sombra protectora. Arrojó el cigarrillo a medio consumir a la diana de un charco y subió las escaleras hacia su habitación frotándose los brazos.

Ya tumbado en la cama, sin desvestirse, pensó en por qué cojones no había abandonado la isla cuando era joven y estaba lleno de proyectos. Podía haber ejercido su oficio en

cualquier lado y se había quedado allí, en Maya, llevando papeles sin importancia entre juzgados, trapicheando con las inmobiliarias y la ley del suelo, arrimando cerillas y latas de gasolina a este o a aquel para que iluminaran la noche con un bonito incendio en algún pinar cerca de la primera línea de playa, engañando a incrédulos y dando seguridad a mafiosos sin escrúpulos. La cárcel le horrorizaba, pero moviéndose en los márgenes de la Administración era un hacha. En AIQB, sus jefes contaban con él, no le cabía duda, ellos sabían bien que no había obstáculo legal que él no hubiera sido capaz de sortear, pero su vida desquiciada y caótica empezó también a pasarle facturas. Parecía que venían mejores tiempos cuando Gloria le propuso el asunto del secuestro. Todo saldría bien, nadie sabría nada. Tenían, además, a un hombre de paja, al perfecto idiota que cargaría con todo si algo salía mal. Sería mucho dinero. La posibilidad de comenzar de nuevo en algún sitio lejos de allí.

Herodes cerró los ojos y se dejó llevar por el sueño. De niño creía que la isla flotaba sobre el mar y, lo mismo que en aquellos instantes, él sentía su flotar, flotaba más allá del mundo visible, sobre un océano cósmico, misterioso e infinito, en cuyo seno él dormía inmóvil, dentro del globo del universo.

—Todo está en desorden y el mundo no se para por ello —masculló, y con un pie se quitó el calcetín del otro, buscó una forma de entrar bajo las mantas y poniéndose de lado, alargó la mano hasta la mesilla, tiró del cable de la lámpara y, acurrucándose, suspiró—. Necesito un plan, un plan que me haga moverme en una dirección, un plan donde quede bien claro qué es lo que quiero, un plan previsible, un plan que adquiera vida propia... Largarme de aquí, ya está, largarme...



Batalún limpiaba una lechuga, arrojando a una fuente de cerámica blanca las tiernas hojas, cuando se dirigió a Víctor, abstraído en el paisaje inundado tras la ventana.

—No debí decir aquello la otra noche. Ha sido un mal agüero. Siento estar retrasando tus planes.

Víctor suspiró mirando ahora una hermosa nube dorada de la cual caían lucientes gotas y, por primera vez, sintió que estaba a gusto en aquella casa, y con un gesto rebatió los lamentos de Batalún, dándole a entender que no tenía importancia, que daba por bien empleado aquel día de trabajo perdido.

—Ni siquiera he sentido el paso del tiempo —prosiguió Batalún—. Es curioso cómo corre veloz el pensamiento y dice: estuve aquí y allí, y revuelve en la mente muchas cosas y muchos nombres. Haces amigos, emprendes aventuras, te pones a trabajar duro y la vida te lleva y te trae, unas veces a lo más alto y otras hundiéndote a donde nadie podría encontrarte, de donde nunca podrás salir ya, jamás.

De nuevo se hizo el silencio entre los dos hombres. Víctor, que seguía frente a la ventana, con los ojos perdidos más allá de los fresnos, levantó el dedo índice de su mano derecha hasta la altura de los ojos y comenzó a dibujar una especie de espiral sobre el cristal de la ventana.

—¿Sabes, Víctor?, todo está en cualquier vida, todos los caminos y todas las posibilidades se abren y cierran también para cada uno en una sola vida, no es necesario vivir más de una para darse cuenta, basta pensar un poco en ello.

—El problema es que la gente no tiene tiempo para pensar en nada, señor Batalún, todos necesitaríamos un par de días de encierro y de lluvia, de frugales comidas y de su silenciosa compañía para descubrir esto.

—La lluvia ha cesado —dijo Batalún y profiriendo un ligero gemido se levantó, dejó la fuente sobre la sillita baja donde había estado preparando la ensalada, se limpió las manos en el mandil oscuro que llevaba atado a la cintura, se desanudó la prenda por detrás con un hábil movimiento de dedos y, colgándola en un clavo junto a la puerta de la cocina, se dirigió al porche. Le hizo un gesto y Víctor lo siguió, después ambos se sentaron en el arranque de los escalones, junto a la

empapada tierra. En un charco próximo, Batalún se humedeció las manos. Tomó arcilla y empezó a modelar una figurita primero y después otra y otra y otra...

—¿Qué haces Batalún?

—Mira, Víctor, ésta es la ley del mundo.

—¿Qué quieres decir?

—Si te lo dijera, te vería llorar.



No habrían pasado diez minutos cuando el camarero susurró detrás de la puerta «¡Señor, señor Helmut!».

—¿Qué... qué pasa, Muni?, ¿no te dije que me iba a dormir? —gritó Helmut desde el interior de su habitación.

—Perdone, señor Helmut, pero es que ha llegado un mudo con unos burros que dice que no quiere que la tormenta lo sorprenda camino de Trida, que es amigo suyo y que si podría alojarlo aquí esta noche.

—Dile que ate los burros bajo los aleros y dale una habitación. No le cobres, tengo una vieja deuda con él. Dile también que me disculpe, que no me encontraba bien y hace rato que me había ido a la cama, que me gustaría mucho verlo mañana.

58

Al día siguiente, Helmut Holen despertó después de un sueño agitado, se encontraba tumbado de espaldas y al levantar la cabeza observó por la ventana que el cielo continuaba encapotado y que la lluvia, si bien no tenía la fuerza de la noche antes, continuaba cayendo fina y persistente. Miró el reloj, por la hora el camarero estaría abriendo el local. Bajaría así, en pijama y pantuflas a por un café y unos bollos. Al salir de la cama, sintió frío y se cubrió con un albornoz.

—¡Ismael, mi querido Ismael! —exclamó mientras terminaba de bajar las escaleras.

Un anciano de aspecto venerable, un campesino antiguo de manos grandes y cuerpo enjuto ladeó la cabeza allá, en la

última mesa del establecimiento junto a la puerta y, poniéndose en pie, se descubrió la boina y sonrió ampliamente a Helmut.

—Yo también me alegro de verte, hace una eternidad que no voy por la casa de los cedros, por eso tampoco he ido a verte. La casa está que se cae y con estas lluvias ya veremos si el tejado aguanta... En cuanto se ponga algo mejor el tiempo, me voy para allá, siquiera para abrirla un poco y que salga la humedad o para ponerle un «se vende» así de grande. Sólo me da quebraderos de cabeza. Y tú, ¿qué tal estás?, ¿cómo te va?

El anciano asintió con la cabeza y volvió a sonreír. Con varias muecas sucesivas explicó a Helmut que había descansado muy intranquilo, preocupado por las bestias dejadas a la lluvia y al relente. Se marcharía en cuanto terminara su café, no quería que le volviera a coger otra noche de lluvia.

Helmut lo abrazó y, señalándolo luego con el dedo índice, le dijo:

—Recuerda que nos vemos pronto, iré a visitarte. Adiós.